



ultraje y el daño hecho á la patria, se alzaron clamando guerra, sin preparativos, sin recursos ni saber si los habia, sin secreta inteligencia, sin jefes, sin acuerdo, como se levanta un solo hombre, y con el frenesí de un demente. Nadie pregunta cuantos ejércitos hay que vencer; nadie vuelve la vista á nuestros soldados demandando el desagravio; nadie busca un caudillo; sólo se cuenta la perfidia y se piden armas. Las ciudades y las aldeas, los montes y los valles, antes tan sosegados y silenciosos, son ahora una vasta y activa fragua, de la cual sale este grito universal: «Mueran los franceses, viva Fernando.» Fué aquello una percusión eléctrica; fué el incendio de un suelo sembrado de pólvora; fué la explosión de un volcán. ¡Santa indignación! ¡sublime arrebató! ¡generación heroica! La historia de ninguna otra nación refiere un alzamiento tan espontáneo, tan rápido y unánime, y mucho tiempo correrá acaso antes que pueda ofrecer otro ejemplo tan elocuente á los pueblos que se encuentren amenazados en su existencia.

El levantamiento fué unánime y simultáneo en todas las provincias, pues, si algunas se declararon más tarde que otras, fué debido ó á su posición topográfica ó á las circunstancias militares especiales en que se encontraban. La indignación era general, la decisión unánime, el valor igual. En Oviedo, en la Coruña, en Santander, en Logroño, en Leon, en Cartagena, en Valencia, en Badajoz, en Sevilla, en Zaragoza, sonó el grito de guerra casi en un mismo día, y desde estos centros fué extendiéndose la insurrección hasta enseñorearse de toda la península. No describiremos individual y detalladamente todas las conmociones, porque eso fuera reproducir otras tantas veces una misma escena. A todo pronunciamiento era consiguiente la constitución de una junta directiva, la declaración de guerra á Napoleon y el armamento general de cuantos se sentían con fuerzas para empuñar un fusil ó manejar una espada. Y en verdad era espectáculo extraño é interesante ver á pequeñas poblaciones, sin muros, sin caudillos amaestrados, sin pertrechos militares, agrupadas al rededor de un alguacil que lee en alta voz el rompimiento

con la Francia. Por ridículo que esto parezca su conjunto era grandioso y sublime.

Describiremos, sin embargo, los episodios más notables de este mágico alzamiento á fin de que puedan ser mejor apreciados su espíritu y tendencia.

Al intentar la audiencia de Oviedo y el gobernador militar español la publicación del sanguinario bando de Murat del día 4, el pueblo, exasperado con las relaciones de las atrocidades cometidas en Madrid, le salió al encuentro alborotado y le obligó á retirarse á los gritos de «muera Murat y viva Fernando.» Era esto siete días después del 2 de Mayo. Declarada ya la insurrección y viéndose la amotinada muchedumbre desamparada, si no contrariada por sus autoridades naturales, se dirigió, guiada por los estudiantes de la universidad, en busca de la dirección que precisaba al edificio en que celebraba sus sesiones la junta general del principado, «reliquia dichosamente preservada, como dice Toreno, del casi universal naufragio de nuestros antiguos fueros,» y que por una feliz casualidad, no reuniéndose sino cada tres años, le habia tocado en aquél el congregarse. Los límites de sus facultades, aunque no estaban bien deslindados, se reducían exclusivamente á las funciones económicas; pero el pueblo, que en las grandes crisis prescindía con razón de las formas legales, sabiendo que la primera ley es la salvación de la patria, le encomendó esta misión sagrada, y la diputación se erigió en virtud de ese principio en soberano, acordando desde luego desobedecer las órdenes de Murat y sostener su resolución con las armas. La audiencia logró que se suspendiesen las disposiciones acordadas el 9, pero no pudo impedir que el día 24, al presentarse un nuevo comandante general nombrado por Murat, estallase definitiva y solemnemente la insurrección.

Casi al mismo tiempo, el 26, se pronunció Santander, sublevación que demuestra cuán vehemente era el odio á los extranjeros. Una simple disputa en medio de la calle entre un paisano español y otro francés, bastó para que la concurrencia que atrajo, tomando el partido de su compatriota, alzase el grito contra los



franceses y se derramase por la población llamando á las armas. Las campanas y los tambores levantaron en breve tiempo toda la ciudad y su comarca. El ayuntamiento, asociado de varios vecinos, fué aquí quien se erigió en poder soberano, nombrando presidente al obispo de la diócesis, D. Rafael Menéndez de Luarda, hombre de altas dotes, con fama entre el vulgo de santidad, pero de carácter tan irregular y tan fanático, que habiendo principiado por rehusar tenazmente la presidencia, acabó por investirse con el título de regente soberano de Cantabria á nombre de Fernando VII y el tratamiento de alteza.

En Galicia, después de varias tentativas, secundó la Coruña el grito de Asturias el 30, día de San Fernando. Conservábase la costumbre de celebrar su conmemoración arbolando en los castillos y los fuertes la bandera española. Este año, ora obedeciendo á órdenes superiores, ora por ese espíritu de oficiosa lisonja que en todos los cambios políticos se apodera de las almas débiles y venales, se notó que no se izaba la bandera, y se atribuyó á un desmedido encono al solo nombre de Fernando. Llenóse de ira el pueblo, y los que estaban en acecho de una ocasión semejante, que eran unos cuantos paisanos y oficiales, mandaron á acaudillarle á un sillero de mucho prestigio por sus bellas prendas, llamado Sinforiano Lopez, que tenía para manejar las pasiones populares la poderosa palanca de una palabra elocuente y ardorosa. Llevó ésta á la multitud al palacio del capitán general, y el desenlace fué nombrar aquella tarde una junta en que estaban representadas todas las clases civiles, eclesiásticas y militares, bajo la presidencia del capitán general.

Pero esta junta, huyendo con razón del cargo de usurpación de autoridad, puesto que era producto solamente del movimiento de la capital, fué luego reemplazada por otra, elegida libremente y con más tranquilidad por las siete provincias en que estaba dividido aquel antiguo reino, según el método conocido. Había de muy antiguo la costumbre de reunirse cada seis años en la capital una diputación de siete miembros, en representación de las siete pro-

vincias, elegida por los ayuntamientos. Resto de perdidas libertades, su objeto era autorizar la contribución de millones y nombrar un representante, que en unión con los demás de las ciudades de voto en corts, concurriese á la diputación general de los reinos, que por mero simulacro residía en Madrid, renovándose de seis en seis años. Instalóse esta vez con el título de junta soberana de Galicia, adhiriéndosele por la popularidad de que gozaban los obispos de Orense y Tuy y el ex-confesor de la muerta princesa de Asturias, D. Andrés García, y como adjuntos para las comisiones administrativas, personas de crédito en los diversos ramos. Toda Galicia respondió al grito de su capital, y el celo que desplegó la primera junta aprovechó tan bien el entusiasmo del país que fué de las primeras provincias que presentaron sobre las armas la respetable fuerza de cuarenta mil hombres, entre los cuales se distinguía por su brillantez y decisión el batallón literario de Santiago, formado exclusivamente por los estudiantes de aquella universidad.

Mucho más difícil y arriesgada era la insurrección de Valladolid por su posición topográfica, su situación inmediata á la corte, cuartel general de los franceses, y otras circunstancias particulares: todo lo arrojó sin embargo, el patriotismo de sus naturales. Mandaba allí como capitán general D. Gregorio Cuesta, antiguo y honrado militar que se habia distinguido algo en la guerra contra la república francesa, pero que hoy resistía el alzamiento con toda la terquedad de su carácter, tanto por creer insensato levantarse ya contra el emperador, cuanto porque en sus hábitos de mando no podía tolerar que el pueblo desempeñase otro papel en los negocios públicos que el de la obediencia. Indignábale la conducta de Napoleon con su patria, siendo lo bastante leal á ella para rehusar el ofrecimiento que le hizo del pingüe vireinato de Méjico con el fin de atraerlo á su partido, y sin embargo, le hubiera reconocido y servido si la salvación de España tuviera que deberse á sólo los esfuerzos de las turbas. Corazón noble, mas pervertido por falsas ideas, que sacrificaría sus sentimientos patrióticos á un solo artículo de la ordenanza.





Irritado de que Leon, que también pertenecía al distrito de su mando, hubiese al fin realizado su levantamiento, se obstinó en oponerse al de la ciudad en que residía hasta que el pueblo cambiando su concepto en sospechas de traición, alzó á su vista un patíbulo, para colgar, le dijo, á quien quiera que se opusiese á su voluntad. Cuesta entonces llamó á junta general de todas las ciudades de su distrito en que había intendencia, bien que poniendo todavía por condición que se limitaran sus facultades á lo indispensable al armamento y la defensa.

Mientras cundía por la mitad septentrional de España el fuego de la insurrección, encendiéndose y con igual rapidez corría desde Cartagena á uno y otro lado que el Mediterráneo baña. Concurrían en aquella ciudad varias circunstancias que le hicieron ser la primera que en aquella costa levantase, al mismo tiempo que Oviedo, la bandera de independencia. Puerto de mar con el segundo departamento de la real armada, componiéndose su vecindario en su mayoría de familias sobre las cuales había pesado más dolorosamente la funesta alianza de Carlos IV con Napoleón. Eran muchos todavía los que vestían luto por los desastres de San Vicente y Trafalgar, manteniendo en todos perenne el recuerdo de sus desgracias y la tradicional antipatía nacional hacia la Francia. A la sazón se temía además que se perdiese la escuadra de Valdés que de allí había zarpado para Tolón y se hallaba en las Baleares, demorada por órdenes secretas de Godoy, no conocidas del público. Al contrario el 22 de Mayo corrió la voz de que el general Salcedo iba á encargarse de su mando con objeto de llevarla prontamente á su destino, y de esta suerte pre-dispuestos los ánimos llegó el correo con las renunciaciones de Bayona. La mecha aplicada á la pólvora no produce más pronto la explosión que la ira brotó del pecho de los cartageneros. La influencia que Cartagena ejercía sobre toda la provincia de Murcia por su situación é importancia marítima dió á su levantamiento sumo valor á los ojos de españoles y franceses: la insurrección y la Inglaterra tenían desde aquel momento á su servicio uno de los primeros arsenales de Europa contra el Emperador.

Al mismo tiempo que Cartagena se sublevó Valencia. Inquietos y ligeros aquellos naturales, ya desde que supieron la catástrofe del 2 de Mayo, se juntaban en corrillos por las calles y por el campo, y hablaban sin rebozo de la necesidad de arrojar de España á los traidores. Uno de los grupos diarios y el más numeroso era el que se formaba en un puesto de la plazuela de las Pasas para oír leer la *Gaceta* y comunicarse noticias particulares de Madrid y de los puntos en que se notaron los primeros amagos de la insurrección. De este grupo fué del que salió el primer grito contra los franceses. El 23 de Mayo llegó á Valencia el periódico oficial de Madrid del 20 que contenía las renunciaciones de Bayona, y al acabar su lectura en medio de mil exclamaciones de asombro y de furor, el que la había hecho, mozo acalorado y resuelto, rasgó con brío el papel y se levantó gritando «Viva Fernando VII y mueran los franceses,» á que contestaron los oyentes con frenético entusiasmo. En un instante, desparamándose por calles y plazuelas, llevaron la fatal nueva á toda la ciudad, la cual se puso en conmoción dirigiéndose á la casa del capitán general, á la sazón el conde de la Conquista, pidiendo armas y la declaración de guerra. Excusóse la autoridad, esforzándose en aplacar con buenas palabras su ardor, sin conseguir otra cosa que demostrar á la resuelta muchedumbre la necesidad de otro caudillo. Presentósele entonces á la vista demostrando esta necesidad como la más urgente un religioso franciscano, y el resultado fué quedar él elegido por jefe del pueblo para tratar en su nombre con las autoridades. El P. Juan Rico era un alma fogosa y audaz, que tenía por resorte para conmover los corazones una elocuencia tan espontánea como sencilla, la más poderosa para agitar al pueblo. Su hábito religioso daba además cierto carácter sagrado á su persona y sus pensamientos, condiciones muy ventajosas para un caudillo popular. Apenas aceptó la nueva investidura de tribuno, alzólo en hombros y fué llevado como en triunfo á la plazuela de Santo Domingo, hasta las puertas de la casa en que la audiencia celebraba sus sesiones. Esta corporación, como otras de España, se opuso



tenazmente á las exigencias del fraile, no cediendo sino cuando se persuadió de la imposibilidad de alterar su firme resolución y advirtió en el pueblo síntomas de inquietud por tan largo debate. Nada probablemente hubiera turbado el curso regular de la insurrección, si malamente inspiradas ó demasiado cobardes las autoridades no hubiesen intentado hacer traición al pueblo. Así el capitán general como la audiencia acordaron dar parte secretamente á Murat de lo que pasaba, atribuyendo á la violencia su consentimiento, y pidiéndole fuerzas que protegiesen sus personas y les permitiesen castigar el motin. Al mismo tiempo, mientras la población descansaba tranquila sobre los sucesos de aquel agitado día, el arzobispo, protegido por las sombras de la noche, solicitaba una perfidia del P. Rico, ofreciéndole una gruesa suma de dinero si abandonaba antes del alba á Valencia. Rechazó el leal tribuno propuesta tan deshonorosa, que, despertando sus recelos, le movió á ponerse de acuerdo con los principales promovedores de la sublevación á fin de provocar al día siguiente otro tumulto más formidable que aterrara á los desleales, y adoptar precauciones contra una traición. En efecto, el rumor de ella, cundiendo rápidamente por la ciudad, empieza á arrojar á las calles desde muy temprano á gente que lleva pintados en su rostro la zozobra, la indignación y la vengaza. Pueblo y tropa unidos, se apoderan de la ciudadela, y para mejor asegurar el triunfo al día siguiente 25 declararon la guerra solemnemente á los franceses nombrando en el acto una junta numerosa en que todas las clases, nobles, eclesiásticos, militares, estaban representadas.

Otra de las precauciones que el pueblo quiso tomar fué el registro de la correspondencia que iba para Madrid. En vano los empleados del correo se negaron con tesson á quebrantar una de sus más sagradas obligaciones, pues viendo á los sublevados decididos á una tropelía, enviaron la balija á casa del conde de Cervellón para que á su presencia se hiciese la violación. Luego se dió con un pliego que era copia del informe enviado á Murat por la audiencia y el capitán general acerca de aquellos

sucesos, y cuya lectura hubiera sido, á no dudarlo, la sentencia de muerte de los que lo habían firmado. Una jóven de varonil aspecto fué quien evitó á Valencia un día de luto. Iba ya á ser leído por uno de aquellos ánimos suspicaces el fatal pliego cuando la hija del conde de Cervellón, que asistía al escrutinio, viendo con una rápida mirada, el secreto que va á descubrir, se lo arrebató de las manos, lo rasga en menudos fragmentos y los arroja al suelo. Súbita inspiración del generoso corazón de la mujer, de este sér misterioso, conjunto admirable de debilidad y de valor heróico. Los sublevados se enfurecieron á la vista de aquel secreto que no podían ya descifrar; pero la serenidad de la jóven venció sus primeros ímpetus, y acabaron por retirarse elogiando su denuedo y humanidad. Pero, difundiéndose el extraño suceso, se confirmaron las sospechas de alguna traición que se meditaba, y luego veremos las consecuencias de esta prevención terrible en tan críticas circunstancias.

Al par de las provincias septentrional y orientales, se agitaban las de Extremadura y Andalucía con los mismos fines é igual ardor. Sólo el incidente que dió lugar á su alzamiento varió, y ciertamente merece por su extrañeza ser legado á la historia, así como la tradición lo va pasando á las generaciones. El triste día 2 de Mayo, mientras los franceses cometían sus horriblos asesinatos en la capital, hubo gentes que buscaron su salvación en los pueblos comarcanos. Uno de ellos en Móstoles, pequeña villa de unos doscientos vecinos, situada á tres leguas de Madrid en la carretera de Extremadura, hasta aquel día sin historia y desde entonces una de las más conocidas en España. Los fugitivos que allí se acogieron pintaron á sus vecinos con los negros colores del terror los hechos que acababan de presenciar. Residía allí casualmente á la sazón el secretario del almirantazgo D. Juan Pérez Villamil, quien, midiendo por su corazón la impresión que obraría en todos los españoles la sangrienta noticia, aconsejó al alcalde que la comunicase al inmediato pueblo y éste á su vecino á fin de que se corriese luego por las provincias del Mediodía, únicas donde había menos riesgo de que fuese





interceptado por los franceses. Así corrió efectivamente con una celeridad sorprendente, pues el 4 estaba ya en Badajoz, nueva prueba, no ménos significativa por lo humilde, de la indignacion y el ódio general hácia los extranjerios. El afortunado parte, que á manera de tea incendiaria iba cruzando los pueblos, decia así, con su propia ortografía: «La Patria está en peligro Madrid perezca víctima de la Perfidia francesa: Españoles acudid á salvarle Mayo 2 de 1808—El alcalde de Mostoles.» Pero creciendo al pasar de una á otra mano en gravedad, al llegar á Talavera ya suponía á Madrid incendiado por los cuatro costados y hecho un lago de sangre.

Apenas fué recibido en Badajoz, reuniéronse el gobernador, conde de la Torre del Fresno, y el general Solano, jefe de las tropas que habian regresado de Portugal; convocaron á una junta de autoridades, y al dia siguiente 5, publicaron una proclama contra los franceses y tomaron disposiciones para prepararse á marchar sobre Madrid. Mas llegó en seguida la noticia de haber sido ahogado el alzamiento de la capital, y todo se paralizó y cambió repentinamente. Solano, sabiendo al mismo tiempo que Murat le restituía el mando de la capitania general de Andalucía, decidió marchar á encargarse de él; y Torre del Fresno se convirtió de un dia á otro en enemigo del alzamiento, tan enérgico como habia sido su ardiente partidario. Poco tardaron en expiar uno y otro su inconsecuencia lastimosamente. El patriotismo, empero, de los naturales, no se desconcertó con el abandono de las autoridades, cuyo apoyo importaba más á la insurreccion. Siguió el teniente-rey Mancio, el luego ilustre diputado á córtes y más tarde ministro de la corona, D. José María Calatrava y otros patriotas, preparando en secreto un alzamiento general de la provincia, que estalló, en efecto, antes de lo que pensaban, por un incidente semejante al de la Coruña. El 30 de Mayo, dia de San Fernando, se notó que no se enarbolaba la bandera ni se hacia la salva de costumbre; supose que era en virtud de una orden del gobernador: dirigiéndose el pueblo á la batería, empezó á pedir que se ejecutase. Como los artilleros se resistiesen á cau-

sa de la prohibicion de sus jefes, una mujer se dirige á ellos animosa, baldonándoles de cobardes, arranca á uno la mecha de la mano, y al grito de ¡Viva el rey! dispara impávida el primer cañonazo. Sucedieron á éste los demas, y el estruendo de la salva prohibida anunció á la poblacion entera que era llegado el momento de la insurreccion. Púsose toda en movimiento dirigiéndose á casa del gobernador, que creyó todavía poder sofocar el grito universal con exhortaciones á la calma y al sosiego. Impacientáronse los ánimos; la llegada fatal de un postillon con pliegos, dió consistencia al infundado rumor de una traicion, y en un momento, asaltada por los balcones, se ve llena de gente enfurecida la estancia de Torre del Fresno. Habia huido por una puerta falsa; mas le siguieron, y alcanzándole en un cuerpo de guardia al dirigirse al Guadiana, le mataron denostándole de traidor. No lo era en la acepcion comun de la palabra; pero la opinion irritada consideraba entonces traicion cuanto no participaba de su indignacion y de su ardimiento. La prudencia más justificable era indicio de deslealtad ó cobardía, y la cobardía en el peligro de la patria era tambien traicion. Por injusto que esto sea, hay cierta lógica en tal razonar de la opinion, que nadie desconoce. Al desgraciado Torre del Fresno reemplazó el teniente-rey; y el brigadier de artillería D. José Galluzo, hombre débil, fué encargado del mando supremo por una junta interina, que convocó luego otra, en que estaban representadas las principales corporaciones, los gremios y los partidos de la provincia, la cual secundó inmediatamente la voz de la capital. Aún no transcurrido un mes, habia puesto un ejército de veinte mil hombres en pié de guerra, formado en mucha parte por los españoles, así paisanos como soldados, que vinieron de Portugal, al conflicto de la patria, y por no pocos portugueses que vieron luego en la insurreccion de España la salvacion de la suya.

La misma alarma que en Badajoz, produjo en Sevilla el parte famoso del alcalde de Móstoles. Reunióse el ayuntamiento, y estaba para emprender el armamento general de la provincia cuando llegó la triste nueva del funesto



desenlace de 2 de Mayo. Cejaron las autoridades, mas no el pueblo, cuyo ardimiento se propusieron dirigir el conde de Tilly, hombre no ménos turbulento que su hermano Guzman, que supo señalarse en la revolucion de Francia, el P. Manuel Gil, de clérigos menores, y un contrabandista llamado Tap y Nuñez, que no siendo de Sevilla fué á ella con el levantado intento de sublevarla y ponerse á la cabeza de la insurreccion. Era hombre de claro entendimiento, de grande audacia y de fácil y ardiente palabra. Gracias á estas dotes, siendo apenas conocido de los sevillanos, se hizo en breve uno de sus caudillos y el más temible para las autoridades, porque con singular osadía se ponía á perorar á la multitud en las plazas ó donde quiera, y la arrastraba consigo en disposicion de acometer cualquiera empresa. Fogueada por él Sevilla, sólo esperaba una ocasion para el alzamiento, que no tardó en ofrecerles la noticia de las renunciaciones de Bayona. Al anochecer del 26, el pueblo, acompañado de los soldados del regimiento de Olivenza, se dirigió á la maestraanza de artillería para armarse, penetró sin resistencia, y pocos momentos despues toda Sevilla estaba en combustion. Pasaron los caudillos la noche en organizar las turbas, y á la mañana siguiente, viendo que el ayuntamiento se habia instalado en el hospital de sangre, para deliberar, segun dijeron, con más libertad y desahogo, sobre la conducta que debia observar, se apoderaron de las casas consistoriales y nombraron una junta de veintitres personas de las más distinguidas de la ciudad. Tap y Nuñez los nombraba, y aprobaba su designacion el pueblo; mas, como forastero é inexperto, otros le apuntaban los nombres, incurriendo por esto en errores que luego le acarrearón persecuciones innecesarias. Figuraba entre los nombrados el ilustre compañero de Jovellanos en su breve ministerio, D. Francisco Saavedra, confinado en Puerto-Real desde su caída por Godoy. Era persona de virtud y saber; mas si por esto merecia la presidencia con que fué honrado, tanto por sus años como por la blandura de su carácter no era el más á propósito para desempeñarla en circunstancias tan excepcionales. La vicepresidencia fué conferida al arzobispo de

Laodicea; y entre los vocales era señalado por el pueblo el P. Gil como víctima de Godoy, pues lo habia hecho encerrar por via de correccion en el convento de toribios, en castigo de la parte que tuviera en su caída cuando entró á reemplazarle Jovellanos. Aunque de edad madura, conservaba su corazón el fuego de la juventud, fuego que iluminaba su cabeza y se reflejaba en sus discursos.

Tomó esta junta el título de «Junta suprema de España é Indias» con tratamiento de *alteza*, pretension no censurable estando Madrid y Barcelona en poder del enemigo, y necesitando la guerra un centro de direccion, pero llevada más allá de lo conveniente desde que vió la repugnancia con que las demas provincias la recibian. Sólo el patriotismo de la época y el comun peligro pudieron evitar las consecuencias de una insistencia injustificable. Por lo demas, aquella junta fué de las más fecundas, enérgicas y acertadas en sus medidas. Mandó cerrar los teatros en muestra de duelo nacional y el 6 de Junio, á nombre de Fernando VII y de la nacion española, declaró con toda solemnidad la guerra á Napoleon y á la Francia por tierra y por mar, protestando no dejar las armas hasta que aquél restituyese á España sus reyes y su libertad é independencia. A cuyo acto siguió una proclama á la nacion con una indicacion de las medidas que convenia adoptar en todas las provincias para que las hostilidades fuesen más provechosas: evitar batallas campales; hacer la guerra en pequeñas y numerosas partidas; acometer por los flancos y retaguardia; no dejar un momento de descanso al enemigo; interceptarle sus convoyes y sorprender sus depositos; cortarle toda comunicacion con Francia y con Portugal; fortificar los puntos que por la naturaleza ofreciesen grandes ventajas; desprestigiar al emperador divulgando el charlatanismo de los periódicos franceses. Tales eran sus instrucciones, que, como hijas del instinto nacional, fueron universalmente observadas, dando por resultado, como veremos, muchos dias de gloria á la nacion, y por última consecuencia la paz y la independencia con la integridad de la monarquía.